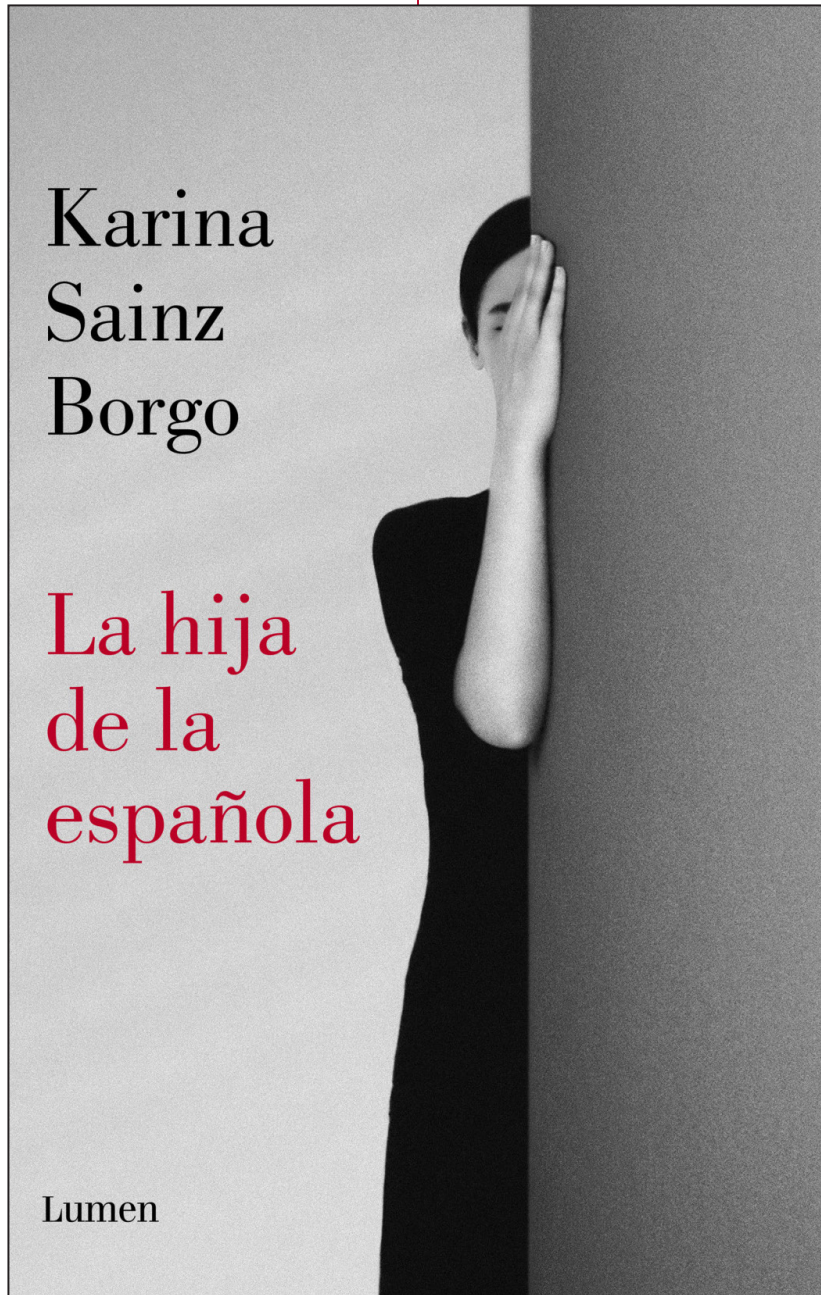




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

La hija de la española es el retrato de una mujer que escapa a todos los estereotipos enfrentada a una situación extrema. Esta historia comienza en Caracas, Venezuela, ante una fosa abierta. Adelaida Falcón da sepultura a su madre. Nadie la acompaña, excepto los operarios del cementerio. Mientras los hombres hacen bajar el ataúd con cuerdas, ella repasa lo ocurrido en esos días: la clínica sin material médico en la que su madre fue apagándose tras una larga agonía; el viacrucis para conseguir una capilla libre en la ciudad —hay tantas muertes que las funerarias no dan abasto— y el segundo escollo de

cómo pagarla, si el dinero hacía rato que se había convertido en una ficción dentro de aquel país quebrado por Los Hijos de la Revolución. Al tiempo que constata la ausencia definitiva de la madre en su vida, Adelaida Falcón recompone el trance de muerte del país donde nació y creció, un lugar en el que lo único democrático, lo que realmente iguala a quienes viven en él, es la violencia, el hambre y la impunidad. De pie ante el hoyo de una tierra que depreda a quienes la habitan, Adelaida Falcón constata lo que hace ya tiempo sabe: algo la ha expulsado del mundo hasta entonces conocido.

Adelaida Falcón creció en un hogar sin padre y con la certeza de que todo cuanto podía llamar familia comenzaba y terminaba en la relación que sostuvieron su madre y ella, un mundo ahora abolido por la muerte, un espacio que se levanta entre el pasado y el presente y alrededor del cual orbita una corte de mujeres, únicas soldadas y verdugos, piedra de tranca de todo cuanto luce exuberante y duradero. Vive su duelo en una ciudad donde los alimentos no se consiguen, los ciudadanos se arrebatan lo poco que consiguen y un gobierno autoritario saquea, secuestra y asesina. Todo eso ocurre en la distancia entre el mundo exterior y aquel en el que Adelaida decide recluirse: la casa que habitó con su madre. Las largas jornadas de protestas y represión política la obligan a encerrarse ahí, donde permanece durante días dando orden a los objetos de su madre, al mismo tiempo que reconstruye su biografía y la del lugar al que ha dejado de pertenecer. La aparición de un violento grupo de mujeres, arropadas por Los hijos de la Revolución, hará que todo cambie de manera definitiva. La muerte, una vez más, clavetea el destino de la protagonista. Adelaida, una hija sin hijos, una mujer que ya fue viuda sin casarse y que ahora, aferrada a la idea de sobrevivir, suplanta a otra: Aurora Peralta, la hija de una inmigrante española cuya repentina muerte servirá de pasadizo para dejar de ser quien ha sido e inventarse una vida a partir del expolio de otra. Escapar, en nombre de otro, del país donde nació.

Escrita con una profunda conciencia del desarraigo, macerada en la sensación

de llevar a costas la pobreza y la muerte de un país que desaparece, *La hija de la española* hunde sus raíces en una sociedad acostumbrada a morir matando, un mundo construido por mujeres, la fuerza principal de esta historia. Las mujeres de esta historia dan entidad y cuerpo a la supervivencia como un acto de amor y crueldad. La madre de Adelaida es una fuerza casi telúrica e hirviente. La madre es la patria y el derecho a morir en ella. Cuando Adelaida Falcón sepulta a su madre homónima, constata la muerte de todo cuanto la precedió y del lugar del que ya no forma parte, un país que se construyó en el mestizaje y la presencia de otros y cuya identidad se revela paradójica, contradictoria y brutal.

La novela cuenta la transformación que experimentan quienes son arrancados de una naturaleza y arrojados a otra. La orfandad de no pertenecer. Como los inmigrantes europeos que llegaron a Venezuela en los años 40 y 50, Adelaida Falcón tendrá que cruzar el Atlántico usando el nombre y la vida de alguien más. En ese trance de la huida, la protagonista ofrece al lector un canto de amor y tristeza a la madre y a la tierra como dos escalas de un mismo vientre. Tendrá que hacerse hija de algo que no conoce, asumir como propio algo que no le pertenece, atravesar una laguna Estigia. Enloquecida por el dolor, se alumbra a sí misma en la muerte de la mujer a la que ha decidido suplantar. Estas páginas son la voz de una mujer que canta con la tristeza de una pilonera —aquellas mujeres que molían el maíz durante su infancia— la tragedia suya y la de quienes la rodean.

EXTRACTOS

«Enterramos a mi madre con sus cosas: el vestido azul, los zapatos negros sin cuñas y las gafas multifocales. No podíamos despedirnos de otra manera. No podíamos borrar de su gesto aquellas prendas. Habría sido como devolverla incompleta a la tierra.

Lo sepultamos todo, porque después de su muerte ya no nos quedaba nada. Ni siquiera nos teníamos la una a la otra. Aquel día caímos abatidas por el cansancio. Ella en su caja de madera; yo en la silla sin reposabrazos de una capilla ruinosa, la única disponible de las cinco o seis que busqué para hacer el velatorio y que pude contratar solo por tres horas. Más que funerarias, la ciudad tenía hornos. La gente entraba y salía de ellas como los panes que escaseaban en los anaqueles y llovían duros sobre nuestra memoria con el recuerdo del hambre.

Si todavía hablo en plural de aquel día es por costumbre, porque el pagamento de los años nos soldó como a las partes de una espada con la cual defendernos la una a la otra. Mientras redactaba la inscripción para su tumba, entendí que la primera muerte ocurre en el lenguaje, en ese acto de arrancar a los sujetos del presente para plantarlos en el pasado. Convertirlos en acciones acabadas. Cosas que comenzaron y terminaron en un tiempo extinto. Aquello que fue y no será más. La verdad era esa: mi madre ya solo existiría conjugada de otra forma. Sepultándola a ella cerraba mi infancia de hija sin hijos. En aquella ciudad en trance de morir, nosotras lo habíamos perdido todo, incluso las palabras en tiempo presente.

Seis personas acudieron al velatorio de mi madre. Ana fue la primera. Llegó

arrastrando los pies, sostenida de un brazo por Julio, su marido. Ana parecía atravesar un túnel oscuro que desembocaba en el mundo que habitábamos los demás. Desde hacía meses, se había sometido a un tratamiento con benzodiazepina. El efecto comenzaba a evaporarse. Apenas le quedaban pastillas suficientes para completar la dosis diaria. Como el pan, el Alprazolam escaseaba y el desánimo se abría paso con la misma fuerza de la desesperación de quienes veían desaparecer todo cuanto necesitaban: las personas, los lugares, los amigos, los recuerdos, la comida, la calma, la paz, la cordura. “Perder” se convirtió en un verbo igualador que los Hijos de la Revolución usaron en nuestra contra.

Ana y yo nos conocimos en la facultad de Letras. Desde entonces, compartimos una sincronía para nuestros propios infiernos. Esta vez también. Cuando mi madre ingresó en la Unidad de Cuidados Paliativos, los Hijos de la Revolución arrestaron a Santiago, su hermano. Ese día apresaron a decenas de estudiantes. Terminaron con la espalda en carne viva por los perdigones, apaleados en una esquina o violados con el cañón de un fusil. A Santiago le tocó La Tumba, una combinación de las tres cosas dosificada en el tiempo.

Pasó más de un mes dentro de aquella cárcel excavada cinco pisos por debajo de la superficie. No había sonidos ni ventanas, tampoco luz natural o ventilación. Solo se escuchaba el paso y el traqueteo de los rieles del metro por encima de la cabeza. Santiago ocupaba una de las siete celdas alineadas, una detrás de la otra, así que no era capaz de ver ni saber quiénes

más estaban detenidos junto a él. Cada calabozo medía dos por tres metros.

El suelo y las paredes eran blancos. También las camas y las rejas a través de las que hacían pasar una bandeja con alimentos. Jamás les daban cubiertos: si querían comer, debían hacerlo con las manos. Ana había dejado de tener noticias de Santiago hacía semanas. Ni siquiera recibía ya la llamada por la que pagaban sumas semanales de dinero; tampoco la estropeada fe de vida que le llegaba en forma de fotos, desde un número de teléfono que nunca era el mismo.

No sabemos si está vivo o muerto. “No sabemos nada de él”, me contó Julio en voz muy baja, apartándose de la silla en la que Ana se miró los pies durante treinta minutos. En todo ese tiempo, levantó la mirada para hacer tres preguntas.

—¿A qué hora enterrarán a Adelaida?

—A las dos y media.

—Ya —murmuró—. ¿Dónde?

—En el cementerio de La Guairita, en la parte vieja. Mi mamá compró la parcela hace mucho tiempo. Tiene bonitas vistas.

—Ya... —Ana parecía hacer un esfuerzo adicional, como si pronunciar aquellas palabras resultara una tarea titánica—. ¿Quieres quedarte con nosotros hoy, mientras pasa lo más duro?

—Saldré hacia Ocumare mañana muy temprano para ver a mis tías y dejarles algunas cosas —mentí—. Te lo agradezco. Tú tampoco lo estás pasando muy bien.

—Ya. —Ana me dio un beso en la mejilla y se marchó.

Quién quiere velar a un muerto ajeno cuando barrunta el suyo.

Aparecieron dos maestras jubiladas con las que mi madre aún mantenía contacto: María Jesús y Florencia. Dieron sus condolencias y se marcharon también rápido, conscientes de que nada de cuanto dijeran corregiría la muerte de una mujer demasiado joven para desaparecer. Salieron de ahí apretando el paso, como si intentaran ganar ventaja a la parca antes de que fuera a buscarlas también a ellas. A la funeraria no llegó ni una sola corona de flores excepto la mía. Un centro de claveles blancos que apenas cubría la mitad superior del ataúd.

Las dos hermanas de mi madre, mis tías Amelia y Clara, no acudieron. Eran mellizas. Una era gorda y la otra flaquísima. Una comía sin parar y la otra desayunaba una tacita de caraotas negras mientras daba chupadas a un cigarrillo de liar. Vivían en Ocumare de la Costa, un pueblo del estado de Aragua cercano a la bahía de Cata y Choroní. Ese lugar donde el agua azul lame la arena blanca y al que separan de Caracas carreteras intransitables que se caían a pedazos.

A sus ochenta años, las tías Amelia y Clara habrían hecho, como mucho, un viaje a Caracas en toda su vida. No salieron de aquel poblacho ni siquiera para ir al acto de grado de mi mamá, la primera universitaria de la familia Falcón. Lucía preciosa en aquellas fotos, de pie, en el aula magna de la Universidad Central de Venezuela: los ojos muy maquillados, el cardado del pelo aplastado bajo el birrete, sujetando el título con las manos rígidas y una sonrisa más bien solitaria, como de mujer con rabia. Mi mamá guardaba

aquella fotografía junto con su expediente académico de licenciada en Educación y el anuncio que mis tías contrataron en El Aragüeño, el periódico regional, para que todo el mundo supiera que las Falcón ya tenían una profesional en la familia.» (p. 12-15)

«Mi madre y yo comíamos en los platos de gente muerta. Cuánto habría guisado la tía Berta para servir en ellos la ración puntual del hogar. ¿Cocinaría el recetario de mujer grande que se mueve como barco en una cocina con olor a clavo y canela? Daba igual, aquellos platos solo arrojaban una verdad: mi mamá y yo nos parecíamos únicamente a nosotras mismas. Por mis venas corría una sangre que nunca me ayudaría a escapar. En aquel país en el que todos estaban hechos de alguien más, nosotras no teníamos a nadie. Aquella tierra era nuestra única biografía.» (p. 33)

«Nací y crecí en un país que recibió a hombres y mujeres de otra tierra. Sastres, panaderos, albañiles, plomeros, tenderos, comerciantes. Españoles, portugueses italianos y algunos alemanes que fueron a buscar al fin del mundo un sitio donde volver a inventar el hielo. Pero la ciudad comenzó a vaciarse. Los hijos de aquellos inmigrantes, gente que se parecía poco a sus apellidos, emprendían la vuelta para buscar en los países de otros la cepa con la que se construyó la suya. Yo, en cambio, no tenía nada de eso.» (p. 63)

«Cuando llegué a casa para hacer el equipaje, encontré a mi madre alistándose para ir al funeral de Julia Peralta.

—¿Cómo que te vas a la frontera? ¿Estás loca? Esa zona es candela. ¿No vas a acompañarme a dar el pésame a Aurora por la muerte de Julia?

—Mamá, no puedo. Por favor, dáselo en mi nombre.

Mi madre estaba vestida de negro. Nunca usaba ese color, la hacía parecer de pueblo. Lo era, claro, pero el luto volvía a recordárselo. Se le pegaba a la piel, como si viniera en sus genes y se manifestara de golpe.

—Quítate eso al volver, mamá —le dije antes de marcharme.

Ella se quedó de pie, en la sala, mirándose el vestido, como si secretamente me diera la razón. Su rostro seco y sin gesto me pareció una isla de tristeza. Me arrepentí de haber dicho esa frase. Le di un beso en la mejilla y salí de casa.» (p. 122-123)

«Las descripciones de Julia se prodigan en detalles como el color y el olor de las frutas, el ancho de las calles y las autovías. “Las casas aquí son más grandes que en España y todo el mundo tiene electrodomésticos. He comprado una licuadora. Con ella he preparado litros de gazpacho que guardamos en la nevera para tomar en el almuerzo, que es como llaman aquí a la comida.” Esa es una de las cosas que más repite Julia Peralta: cuántos artefactos y cosas hay para comprar, las mismas que mi madre revisaba en el catálogo de electrodomésticos de Sears, aquellas enormes galerías a las acudíamos los sábados

en la tarde, después de tomar un helado en la heladería de Crema Paraíso de Bello Monte. En la siguiente carta, un mes después de su llegada a la ciudad, en diciembre de 1974, Julia informa a Paquita que ha entrado en contacto con las monjas de una residencia universitaria “para señoritas” de la urbanización El Paraíso y que habían aceptado la carta de recomendación del jefe de cocina del Palacio. “La madre Justa es tal y como me comentaste. Muy amable y piadosa. No ha perdido para nada el acento gallego después de diez años y me ha dicho que, si me parece conveniente, puedo encargarme de la cocina de las internas.”» (p. 136- 137)

«Sentada en el sofá, con la espalda recta y pegada al respaldo, sentí que mis pulmones se abrían de golpe y que el oxígeno volvía a recorrer mi sistema sanguíneo devolviéndome lucidez. Santiago me pasó los dedos por el cabello. Atravesó las hebras y presionó con las yemas la base del cráneo. Fue haciendo remolinos, y con una presión levísima, avanzó hasta el cuello y los hombros. Retiré el índice de mis labios. Nos miramos largo rato. Nos tocamos el rostro como si confirmáramos nuestra existencia. Nos tocábamos para comprobar que en aquel país moribundo nadie aún nos había matado. Cuando desperté, era de día. Santiago ya no estaba. Se había marchado, tal y como prometió. Nunca volví a verlo.» (p. 166)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *La hija de la española* comienza con el entierro de la madre de la narradora, que enumera los objetos con los que la mujer es sepultada. ¿Cuál es la importancia de esta escena? ¿Por qué Adelaida dirige la atención al vestido, las gafas y los zapatos de su madre: un puñado de objetos banales?
2. Tras enterrar a su madre, cuando Adelaida se dispone a salir del cementerio, se encuentra con un funeral al que asisten los Motorizados de la Patria. Suena una música estridente, y una niña baila sobre el ataúd y, un instante después, una chica frota su sexo contra el féretro. ¿Cuál es el simbolismo de esta escena? ¿Cómo dialoga con la escena del entierro de la madre? Estas escenas ligadas a la muerte y la pérdida, ¿contienen claves o una dimensión simbólica que arroja luz sobre toda la novela?
3. En la novela, desde las primeras líneas, los objetos más corrientes son detalles que adquieren una llamativa visibilidad. La narradora comienza hablando de la ropa con la que entierra a su madre, y más tarde habla de zapatos, vajilla, una blusa con una mariposa bordada y su colección de libros, entre otras cosas. ¿Por qué se les da tanto protagonismo a los objetos? ¿Qué representan?
4. Al igual que los objetos, la comida está muy presente en la novela. Se habla de las frutas que Adelaida comía en Ocumare, de los menús de la infancia, de las reservas de alimentos que su madre almacenó temiendo lo peor, de la comida que hay en la casa de Aurora y de las cajas de alimentos que la Mariscal y sus mujeres venden en el mercado negro. ¿Qué significados adquiere la comida a lo largo de la novela? ¿La comida de la infancia tiene la misma connotación que los alimentos que se rapiñan en medio de una situación de violencia?

5. Los objetos se roban o destruyen, los billetes se queman porque no son más que papel sin valor y la comida cada vez es más difícil de conseguir: la escasez y el hambre son hilos que recorren la novela. ¿Cómo se abordan estos temas? ¿La escasez se presenta como una forma de violencia? ¿Y qué sucede con el hambre? ¿Cuál es su rol en la historia?
6. En medio del caos, la escasez y la violencia, Adelaida evoca escenas de una infancia que transcurre entre Ocumare y Caracas. ¿Qué papel desempeñan los recuerdos de infancia en la novela? ¿Ocumare y Caracas son escenarios que se contraponen? ¿Cómo están descritos?
7. De las memorias de infancia al presente, la novela cuenta la deriva del país hacia la violencia y la miseria: una nación que, en palabras de la narradora, se convierte en «una fosa séptica». ¿Cómo se construye el relato de esta transformación política y social? ¿Cómo se refleja a través de la figura de la madre? ¿Cuáles son los valores que encarna la madre y qué simboliza su pérdida?
8. Entre los personajes que forman parte de su infancia, la narradora recuerda especialmente a Teseo, un comerciante de origen italiano que le vende calzado a su madre. ¿Qué representa este personaje en la Caracas de la niñez? ¿Qué temas se introducen a través de él? Su papel, ¿se puede relacionar con el de otros personajes de la novela?
9. A través de figuras como Teseo, la profesora Verónica, la madre de una compañera de la escuela o Julia y Aurora, la novela retrata un país que funciona como lugar de acogida de personas que huyen de la violencia o la pobreza. ¿Qué ocurre con el desarraigo? ¿Cómo se refleja a través de estos personajes? ¿Qué representa, en este sentido, Aurora Peralta? ¿Y en qué medida la narradora experimenta el desarraigo? En una Caracas sumida en la violencia, ¿ella se siente desarraigada?
10. Del desarraigo, uno de los temas que vertebra la novela, se desprende, a su vez, una reflexión en torno a la pertenencia. ¿Qué nos dice la novela

respecto a la sensación de pertenencia? ¿Cuáles son los ámbitos donde se trama? ¿Cómo se construye? ¿Y cómo puede llegar a destruirse?

11. Tras la muerte de su madre, Adelaida también pierde su casa, sus libros y todos los objetos y documentos que la ligan al pasado y lo familiar. ¿Cuál es la evolución que traza este personaje a lo largo de la novela?
12. Cuando Adelaida encuentra el cadáver de Aurora Peralta y decide deshacerse del cuerpo para poder ocupar su casa, tiene la impresión de haberse convertido en una criatura carroñera. ¿De dónde surge este impulso que pone en entredicho su moral y su dignidad humana? ¿Cómo se aborda el tema de la supervivencia en condiciones de violencia extrema? ¿La supervivencia, según la novela, está mediada por la razón o responde a impulsos y mandatos primarios e ingobernables?
13. Adelaida se deshace de Aurora arrojando su cuerpo al vacío desde una ventana. La acción no es sencilla y la mujer debe embestir el cuerpo utilizando toda su fuerza, algo que la lleva a decir que en lugar de deshacerse de un cadáver, parece que estuviera dando a luz. La imagen del parto reaparece cuando, al llegar a España, pasa el control migratorio y tiene la impresión de haberse parido y ser madre y criatura a la vez. ¿Cómo se utiliza la imagen de parir en la novela? ¿A qué está vinculada? ¿Y cómo se incorpora lo materno en una novela protagonizada por una «hija sin hijos»?
14. En *La hija de la española* hay madres, tías, hermanas, primas y dos hijas sin hijos. Los personajes femeninos tienen el protagonismo en una novela donde ¿cuál es el rol de los hombres? ¿Y cómo son las relaciones entre mujeres? ¿Qué aspectos caracterizan a los vínculos femeninos?
15. La mentira está presente en una novela en la que son muchos los que ocultan algo, cometen fraude o tergiversan la verdad: Aurora falsea documentos, Santiago finge haber desaparecido, las mafias roban y trapi-

chean mercancías en el mercado negro y Adelaida suplanta la identidad de otra mujer. ¿Qué sucede con la verdad y la falsedad en un mundo inmerso en el caos?

16. Una vez en Madrid, y bajo una nueva identidad, Adelaida tiene la oportunidad de perderse en la ciudad y comenzar una nueva vida. Decide, sin embargo, presentarse en la casa de la prima de Aurora Peralta. ¿Qué la impulsa a sostener su mentira hasta el final? ¿Cómo reaparece el tema de la pertenencia y el desarraigo al final de la novela?
17. *La hija de la española* refleja, desde la ficción, el clima de caos y violencia política que se instaura en Venezuela y conduce al país a un declive que, entre otras cosas, empuja a que muchos ciudadanos, como Karina Sainz Borgo, opten, finalmente, por la vía del exilio. En la novela, ¿hay un límite claro entre ficción y realidad? ¿Diríais que la novela retrata esta situación de una manera realista? ¿O incorpora elementos de lo real para llevarlos a un plano narrativo más apocalíptico y universal? ¿Os ha hecho pensar en otras novelas?

LA AUTORA



KARINA SAINZ BORGO nació en una Caracas de 1982 cuando todo estaba a punto de incendiarse. Trabaja como periodista especializada en temas culturales, aunque escribe a todas horas, y en 2023 se le otorgó el Premio David Gistau de Periodismo por su artículo «Aunque digáis lo contrario». Ha publicado los libros de periodismo como *Caracas hip-hop* (Caracas, 2007) y *Tráfico y Guaire. El país y sus intelectuales* (Caracas, 2007), y man-

tiene el blog *Crónicas Barbitúricas*. Su primera novela, *La hija de la española* (Lumen, 2019), aclamada por la crítica y los lectores y vendida en traducción a treinta países, fue finalista del *LiBeraturpreis* y obtuvo el Grand Prix de l'Héroïne Madame Figaro. También es autora de *El Tercer País* (Lumen, 2021, Premio Jan Michalski) y *La isla del doctor Schubert* (Lumen, 2023).

LA PRENSA Y LAS EDITORIALES HAN DICHO

«En un fenómeno que recuerda al de Milena Busquets con *También esto pasará* hace cuatro años, la novela *La hija de la española* se ha vendido (en tiempo récord y subastas concurridas) a 15 lenguas. Ayuda el insólito escenario de la Caracas actual y el desarraigo angustiante de la protagonista, desbordada por un triple duelo narrado con trepidante elegancia: por su madre, por su ciudad y por su país.»

Carles Geli, *El País*

«*La hija de la española*, la primera novela de la periodista venezolana, fue una de las sorpresas de la Feria del Libro de Frankfurt: se vendió en poco tiempo en 15 idiomas y será distribuida en más de 20 países. Narra una historia de desarraigo en una Caracas sumida en la violencia y la escasez de medicinas y alimentos.»

El Nacional

«Una historia increíblemente fuerte: una mujer que debe escapar de un país devastado por el hambre y la violencia. Desafortunadamente, un escenario que cada vez más parece estar a la vuelta de la esquina en muchos países. Lo difícil es no sentirse identificado.»

Angela Tranfo, Stile Libero (Italia)

«Este es EL libro sobre la tragedia venezolana. Nadie antes lo ha contado con un tono tan emotivo y de una manera en la que los lectores puedan identificarse tanto. Sainz Borgo da voz a un momento político, cuestiona a la sociedad venezolana desde todos los ángulos: una novela intensa, conmovedora y radical.»

Gustavo Guerrero, Gallimard (Francia)

«Esta novela no podría aparecer en mejor momento. De la mano de Adelaida presenciamos y comprendemos el naufragio de un mundo a través de los ojos de una mujer con la que nos identificamos. ¡Menuda forma más poderosa de usar la ficción! Para nosotros representa una oportunidad grandiosa poder dar voz a una nueva generación de escritores de América Latina. Lo publicamos con mucho gusto.»

Judith Curr, Harper Collins (EE.UU.)

«Una historia muy convincente sobre cómo la vida de una mujer se viene abajo en la Caracas contemporánea. Tras enterrar a su madre, pierde su apartamento y se ve obligada a vivir como un fantasma en una ciudad asediada por la violencia mientras planea escapar. Los flashbacks de un pasado más tranquilo solo aumen-

tan el horror del día a día en el que vive y hacen la pérdida aún más real. Una de las novelas más interesantes que he leído en mucho tiempo.»

Juan Milà, Harper Collins (EE.UU.)

«Una obra de ficción apasionante y devastadora que te abre los ojos, realista a ultranza. De lectura obligatoria y de traducción tanto urgente como necesaria. He trabajado de forma similar con autores de éxito como Colson Whitehead y Jennifer Clement, cuyos libros, aparte de tratarse de obras de ficción sólidas, son lecturas todavía más relevantes debido a su conexión con los problemas políticos y sociales actuales». Johanna Hägersström, Bonniers (Suecia)

«Para nosotros, hay tres características principales que definen el libro como sobresaliente, que queremos que sea la energía que dinamice la promoción. Desde que los editores de toda la casa, Tina Spiegel y Susanne Halbleib, Teresa Pütz, Malu Schrader y yo, comenzamos a leer la novela, se expandió por toda la editorial como un incendio forestal, escenas del libro nos perseguían día y noche. Esta es su inmediatez: el libro atrapó nuestros corazones desde la primera página. Abundan los detalles sombríos y miradas implacables al presente de Venezuela, un país al borde de una catástrofe (quizás algo peor). Pero este es solo el telón de fondo para los protagonistas que permanecen en nuestras mentes. Después de leerlo, impera el deseo de levantarse y abrir la puerta a los personajes. Existe una urgencia en el libro que inmediata-

mente se apodera de la mente y de todas las emociones del lector, no le deja en paz hasta que aparece cierto tipo de rescate, de salvación. Activa todas las partes que habitan dentro de ti con ganas de ayudar desesperadamente, de estar cerca de los protagonistas. ¿Por qué los sentimos tan cerca? Su forma de crear texto es un ejemplo de maestría del arte: narración económica y precisa, una imagen de un mundo lejano que al mismo tiempo se antoja cercano. ¿Quién no tendrá que enterrar a su propia madre, tarde o temprano, esa experiencia anestesiada, sin poder mentalizarse? Y, de repente, la historia —lejana en términos geográficos— está escondida justo detrás de la puerta. En la oscuridad de la escalera. Hay un golpe en la puerta que el lector quiere responder, quiere ayudar. La inmediatez, la urgencia y el arte de contar historias de Karina Sainz Borgo, su intimidad con el lenguaje, su comprensión sobre cómo capturar los movimientos emocionales y migratorios de los personajes con tanta destreza, todo esto se fusiona para darle a la novela un toque único y vibrante. La historia está llena de unidad y rigor, tiene muchas capas. Se cuenta con sensibilidad emocional e inteligencia. Cada pasaje infunde cierta tensión y suspense, convirtiendo el libro en una experiencia de lo más intensa para el lector. Es este irresistible impulso lo que nos hace querer ofrecer las primeras páginas a todos el mundo, confiando en que se engancharán de inmediato y despertarán su curiosidad para que se pregunte: ¿la historia conduce al Purgatorio o al Infierno?».

Hans Juergen Balmes, Fischer (Alemania)

